INMIGRACIÓN Y DINÁMICA DEMOGRÁFICA

María Carmen FAUS PUJOL
Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio
Universidad de Zaragoza

Introducción

«Despoblación y Ordenación de Territorio» es la denominación del seminario organizado por la Institución Fernando el Católico, Cátedra «Jordán de Asso», en mayo del año 2002. El tema del seminario muestra de nuevo que los problemas de población no han perdido interés. Unas veces se resaltan los efectos de la presión demográfica sobre el territorio; otras, por el contrario, se insiste en la baja densidad, en la caída de la fecundidad, en la emigración y en el déficit de población que todo ello ocasiona. Ambas situaciones son producto del comportamiento de los sistemas demográficos y plantean problemas socioeconómicos y territoriales que conviene analizar para una adecuada organización del territorio.

En términos generales, los ritmos desiguales de natalidad y mortalidad caracterizan la evolución de las poblaciones humanas, a los que hay que añadir, a escala regional, las migraciones. El papel de las migraciones ha sido «escaso y ambiguo» en el pasado (Thumerelle, 1996), pero a partir del S. XVIII han jugado un papel esencial en la configuración del actual mapa de la distribución mundial de la población. Sin migraciones no se hubiera extendido el poblamiento en la tierra, «ni las diferentes culturas de la humanidad habrían alcanzado su actual difusión» (Higueras, 1967). Las migraciones son un fenómeno que ha existido siempre, pero hoy alcanzan un volumen antes desconocido debido a la eficacia técnica de los transportes. Hasta ahora, la natalidad y la mortalidad constituían el principal componente de las variaciones de población. Pero desde el último siglo, las migraciones, esto es, los movimientos de población desde un área geográfica hacia otra, constituyen el tercer componente, junto con la fecundidad y la mortalidad, de los cambios de población a escala local (McFalls, 1998).

El estudio de las migraciones puede hacerse desde muchos puntos de vista, según la causa que las producen: demográfico, económico, social, etc., y en ocasiones guardan relación con situaciones políticas conflictivas (Higueras, 1993). Los factores que favorecen la migración son múltiples, aunque algunos estrictamente demográficos, como el rápido crecimiento vegetativo de la población, ayudan a explicar ciertos aspectos de los movimientos migratorios nacionales e internacionales (Clarke, 1965). Ese es, precisamente, el caso de la emigración masiva de Irlanda en el S. XIX y la de Italia y el SE de Europa a principios del S. XX. Los factores demográficos son también el principal estímulo a la emigración en pequeñas islas y países; mientras que, por el contrario, el déficit demográfico (Higueras, 1993) y la baja densidad favorecen en algunos casos la inmigración.

Uno de los caracteres sociológicos del mundo actual es la creciente movilidad de la población, que deriva «del funcionamiento del sistema económico (...) del desarrollo del ciclo de vida y de las historias personales» (Thumerelle, 1986). Los desplazamientos migratorios no son, pues, aleatorios, sino que responden a las necesidades y aspiraciones de las personas, al funcionamiento de los sistemas socioeconómicos y a las potencialidades del medio en el que se vive. Martin y Widgren (2002) ven las migraciones como una «respuesta natural y predecible a las diferencias entre los países de origen y destino: diferencias en recursos y trabajo, en crecimiento de la población y en seguridad y derechos humanos». Esta doble interpretación de las migraciones, a partir de las historias de las personas de una parte, y de las condiciones del espacio geográfico de otra, es necesaria para comprender y tratar de explicar la movilidad geográfica de la población y su incidencia en el territorio. Pero, como señala Noin (1993) «hay que tener mucho cuidado en la utilización de instrumentos y procedimientos de medida y análisis» pues no es fácil cuantificar el volumen de las migraciones y mucho menos atribuir el fenómeno a una sola causa.

1. Migración y sistema demográfico

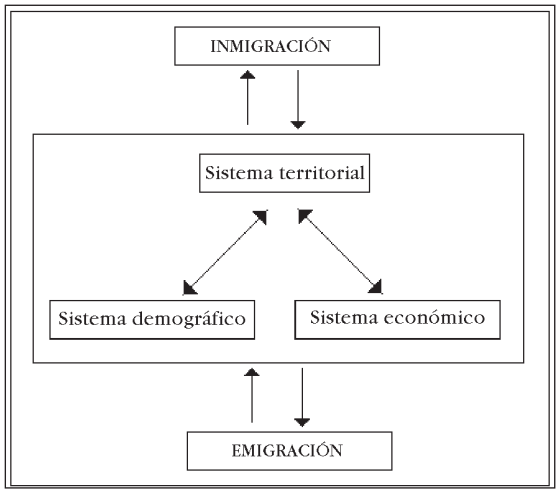
Las cuestiones de población son más complejas de lo que parecen. Como se sabe, la población de un territorio es el resultado de dos procesos: el crecimiento natural y las migraciones, que quedan reflejados en la «ecuación del crecimiento demográfico»: $P = N - M \pm Mi$. Salvo que se trate de sistemas demográficos cerrados, como los que desarrollan algunos grupos sociales (Huteritas, Amish, etc.), ambos procesos son simultáneos y rigen el funcionamiento de todo sistema demográfico.

En efecto, la población constituye un *sistema* donde todos y cada uno de sus elementos interactúan entre sí y con el todo al que pertenecen. Cualquier variación en uno de los elementos de la ecuación (natalidad y mortalidad, que son los fenómenos biológicos que rigen directamente la dinámica demográfica, o los movimientos migratorios) hace que cambie el funcionamiento del sistema. El modelo, aparentemente muy simple, se complica hasta el infinito si se tiene en cuenta que la natalidad y las migraciones son fenómenos «voluntarios» que pueden reducirse a cero, mientras que la mortalidad es un fenómeno biológico que puede retrasarse pero no puede evitarse. A escala regional el sistema demográfico es además un sistema abierto que interacciona con otros sistemas de igual o diferente naturaleza. Los sistemas demográficos desarrollan sobre todo funciones primarias de reproducción que aseguran la continuidad del sistema, pero forman siempre parte de los sistemas territoriales, a través de sistemas o subsistemas interpuestos, cada uno de los cuales desempeña funciones específicas, como muy esquemáticamente se ve en el siguiente gráfico, que pueden incidir positiva o negativamente en las funciones primarias de aquellos.

Las migraciones no son, pues, fenómenos aislados. Toda migración forma parte de los sistemas demográficos del lugar de origen y de destino y afecta a su funcionamiento. Como resultado de todo ello ambos sistemas cambian con el tiempo y adoptan modalidades peculiares en los diferentes lugares. De ahí la importancia del momento, la escala y el lugar donde se producen los movimientos de población. Se trata de un fenómeno dinámico, recuerda Higueras (1967), y para estudiarlo es preciso detener

virtualmente su proceso de desarrollo: el momento elegido para ello es fundamental, pues así se realzan o mitigan algunas de las causas de las migraciones.

Figura 1. *Población y sistema territorial*



Desde el punto de vista geográfico, conviene insistir en que la Geografía considera la población en relación con el territorio y que en el estudio de las migraciones trata de establecer algún tipo de relación entre las condiciones de vida en los lugares de origen y en los de llegada. Sin embargo, nunca podemos estar seguros de que las condiciones de vida constituyan el elemento catalizador de los procesos migratorios. Con estas salvedades se admite que, a las características propias de los sistemas demográficos en los que se inscriben las migraciones, se suma la importancia del territorio como proveedor (*push*) o receptor (*pull*) de migrantes.

Como se ha dicho antes, las migraciones son el tercer componente del cambio de población. Todo fenómeno migratorio presenta dos vertientes: la e-migración y la in-migración (al salir se es un emigrante; al llegar, un inmigrante). Ambos términos, emigración e inmigración, describen el sentido del movimiento de la población hacia dentro o hacia fuera de territorios concretos. Según el volumen de población que entra o sale de un territorio, la migración modifica en mayor o menor grado el equilibrio del sistema demográfico preexistente a cualquier escala: internacional, nacional, regional y local.

Emigración e inmigración son fenómenos interdependientes, pero las causas que los motivan y los problemas que originan son completamente diferentes en cada caso (Higueras, 1993). Generalmente, la emigración se relaciona con procesos socioeconómicos inestables que suelen ponerse de manifiesto para explicar el fenómeno. Pero no deben olvidarse otras causas y mucho menos las consecuencias de la emigración. Las migraciones obedecen a fenómenos exógenos y endógenos. En efecto, la emigración, generalmente motivada por el deseo de una mejora en las condiciones de vida, es una de las causas exógenas que inciden en la despoblación,

sobre todo a escala comarcal. Pero la emigración va asociada también a la caída de la natalidad, causa endógena en los lugares de partida, lo cual origina, a su vez, inestabilidad y pérdida de dinamismo del sistema demográfico. Aragón es un ejemplo paradigmático de despoblación por emigración, lo cual ha condicionado negativamente la natalidad. La tendencia a la disminución del ritmo de crecimiento de la población a lo largo del último siglo ha sido constante a medida que el desarrollo industrial polarizado en la capital regional desarticulaba la economía tradicional, de base agraria, y se debilitaba la organización del mundo rural tradicional. Conviene insistir en este punto para que se vea cómo funcionan los sistemas demográficos.

A lo largo del S. XX, de la mano de los cambios socioeconómicos que en Europa occidental habían sucedido casi un siglo antes, en España y en Aragón se intensifica la emigración con pérdidas de población superiores al 50% en las áreas rurales. Por razones fácilmente comprensibles, los emigrantes suelen ser gente joven. Una población que pierde sus efectivos jóvenes no sólo pierde importancia numérica, sino también capacidad de sostener su crecimiento natural. A esto se añade una fecundidad en disminución (propia del proceso de transición demográfica) que ralentiza todavía más el crecimiento demográfico. Con estos parámetros el sistema demográfico se resiente y el «déficit demográfico» se hace evidente en las áreas rurales, al estar sometidas a un proceso de despoblación creciente que dificulta la ordenación del territorio.

Si la despoblación puede identificarse como factor de estancamiento demográfico, cabe preguntarse si la inmigración, proceso opuesto a la emigración, constituye un factor de vitalización demográfica, es decir, si actúa como *input* de la dinámica demográfica y «feedback» del sistema demográfico.

La respuesta es fácil. La migración es la más compleja y volátil de las variables demográficas. Además, es más difícil de medir que la fecundidad y la mortalidad. Puede producirse en grandes oleadas o poco a poco y desde el punto de vista jurídico puede ser legal (registrada) e ilegal (incontrolada). La inmigración, si es significativamente numerosa, añade población, pero sus efectos sobre la fecundidad y la mortalidad en el total de población sólo se manifiestan a largo o medio plazo. El mayor efecto se acusa en la distribución de la población por edad, sexo, cultura y otras características. En cualquier caso, las migraciones, inmigración en este caso, modifican las características de las poblaciones en la medida en que todos los fenómenos demográficos se ven afectados por ellas. Ello obedece a los distintos comportamientos demográficos que mantienen los inmigrantes y la población de acogida, ya que tales comportamientos, especialmente los que se refieren a la natalidad, son en gran medida culturales. Pero la incidencia de la inmigración depende también del volumen y características estructurales de la población inmigrante y de si se trata de inmigración nacional o extranjera y procedente de la misma o diferente área cultural que la población del lugar de llegada.

Con la inmigración las posibilidades de crecimiento se ven favorecidas en primer lugar por el simple aporte numérico de inmigrantes, pero su impacto en la dinámica demográfica deriva, generalmente, del mayor grado de juventud de los inmigrantes respecto de la población de los lugares de llegada (en España la edad media de los

inmigrantes es de 30 años frente a los 45 de la población española), y del comportamiento de esta población respecto de la fecundidad.

La migración es selectiva en cuanto a la edad, nivel educativo, estatus social, etc. de los migrantes. Mientras las áreas afectadas por emigración configuran a medio plazo poblaciones envejecidas, las de inmigración tienden a rejuvenecer. En esos casos se aprecia una dinámica demográfica positiva, como lo ponen de manifiesto los índices de mortalidad y fecundidad. Vallin, demógrafo del INED de París, ha demostrado que la población europea inmigrante procedente de países menos desarrollados tiende a adoptar los comportamientos demográficos de los lugares de acogida, especialmente en lo que se refiere a la natalidad. Entre los inmigrantes lo primero que se aprecia es una disminución de la mortalidad, pero la natalidad se mantiene bajo los mismos parámetros al menos durante una generación. Así, la mortalidad disminuye entre los inmigrantes mientras que la fecundidad se mantiene en términos relativos. Es frecuente que la fecundidad de la población inmigrada resulte más elevada que la de la población de las áreas de destino. Por tanto, la incidencia de la inmigración en el crecimiento demográfico no se produce solamente por la suma de las personas inmigradas sino también por crecimiento natural.

El proceso es similar al que se dio en los países europeos durante la transición demográfica, y en los «países nuevos». En EE.UU. por ejemplo, o Australia, el volumen actual de la población es consecuencia, en primer lugar, de una combinación del aporte migratorio original y de la alta fecundidad de los primeros inmigrantes; luego, la relativamente alta fecundidad de sus descendientes, ya autóctonos, y un complemento migratorio que ha fluido constantemente, aunque al decir de Thumerelle es cada vez menos determinante. En 1875, más de la mitad de la población americana había nacido en Europa. En 1890, aún representaban el 15%; y en 1970, eran menos del 4% (Thumerelle, 1996). Actualmente este porcentaje tiende a estabilizarse e incluso a aumentar en algunos estados por la inmigración de hispanoamericanos.

La inmigración suele aumentar, como se ha dicho, el número de jóvenes en la población total. En los países de inmigración puede producirse así un rejuvenecimiento de la estructura demográfica, si durante un número de años relativamente importante una de las siguientes relaciones tiende a aumentar (Poulalion, 1984):

$$J_1^n = \frac{J^n}{J^n + A^n + V^n} \qquad J_2^n = \frac{J^n}{A^n + V^n} \qquad J_3^n = \frac{J^n}{A^n}$$

La primera relación indica el porcentaje de jóvenes (menos de 15 años) en la población total; la segunda, la relación entre el peso de los jóvenes y de los que no pertenecen a esa misma categoría; la tercera, muestra el peso relativo de los jóvenes (categoría inactiva) en relación a los adultos (población activa).

A medio plazo puede producirse un envejecimiento relativo en la medida en que se produzca un aumento de la esperanza de vida de los inmigrados, cosa que sucede casi siempre. En áreas afectadas por despoblación, la contracción del número de jóvenes y de adultos jóvenes en el sistema demográfico propicia también el envejecimiento relativo. En los países desarrollados, la proporción de jóvenes respecto de la población total es muy baja, mientras que la de viejos respecto de la misma población es alta. La inmigración alimentada mayoritariamente por adultos jóvenes tiende a rejuvenecer relativamente la población y a disminuir los índices de envejecimiento.

Ambos procesos, rejuvenecimiento y envejecimiento, pueden darse al mismo tiempo e intensificarse a corto o medio plazo si se cumplen ciertas condiciones que permiten establecer varias combinaciones: débil tasa de mortalidad, inmigración joven, fecundidad elevada, etc. En cualquier caso, los efectos de la inmigración no se manifiestan únicamente en un sentido. La distribución de edades afecta de lleno a las condiciones en las que se desarrollan la natalidad y la mortalidad, mediatizada a su vez por la cultura, modo de vida o características económicas y sociales de los inmigrantes.

En definitiva, las migraciones, por el sentido que dan al crecimiento de la población, por su efecto a veces distorsionador de las estructuras demográficas y por la redistribución espacial de la población, son fundamentales para comprender las características y comportamiento de un sistema demográfico territorial.

2. Dificultades para el estudio de la inmigración

La falta de acuerdo en la definición de las migraciones, la naturaleza plural de las mismas, su carácter dinámico y las imprecisiones estadísticas hacen difícil su estudio. ¿Cómo evaluar las migraciones? ¿Cuáles son las características de los migrantes? ¿Conocemos lo sucedido en el pasado tanto como en el presente? (Ogden, 1984). Ante las migraciones se plantean numerosas preguntas e infinidad de procedimientos de análisis con multitud de respuestas. Pero cualquiera que sea la definición de migraciones, siempre se trata de movimientos de sustancial duración que comportan un cambio de residencia (Clarke, 1965).

Habitualmente el concepto de migración tiene un sentido más específico que la movilidad geográfica o espacial de la población. Para Thumerelle (1986) las migraciones son «aquellos desplazamientos que tienen por efecto el cambio de residencia habitual de la población desde su lugar de origen o lugar de salida al lugar de destino o de llegada». Naciones Unidas las define como «(...) aquellas formas de movilidad que producen el cambio de residencia de los afectados, excluyendo los cambios de domicilio dentro de una misma localidad o de un espacio nucleado en torno a una gran ciudad». Para el Instituto Español de Emigración se trata de un «fenómeno dinámico y complejo que implica un desplazamiento territorial de población desde el lugar de asentamiento original hacia otro lugar, con la intención de instalarse en él y establecer vínculos de permanencia con la comunidad receptora». A todas estas definiciones hay que añadir la noción de distancia. Hoy en día, el concepto de lugar es espacial y no «puntual» como parecen indicar las anteriores definiciones.

La persona que en una ciudad de 100 km de diámetro (Nueva York) se muda de un extremo a otro emigra realmente, pero cuando hablamos de migraciones se trata de otra cosa.

A las dificultades de definición conceptual se añaden las dificultades de orden estadístico que surgen a la hora de contabilizar este grupo de población, especialmente cuando se trata de la inmigración internacional. Muchos países carecen de sistema de recogida de datos o no se dan a conocer. Además, el significado de las estadísticas varía considerablemente, de forma que la información disponible es generalmente insatisfactoria. Los países occidentales disponen de buenas estadísticas pero no son del todo comparables. Sólo conocemos de forma aproximada el número de personas que emigran cada año o cuántos migrantes internacionales hay. En la práctica sólo quedan contabilizados un número limitado de migrantes y sus características. No hay más que comparar las cifras oficiales acerca del número de inmigrantes y observar nuestro entorno urbano para ver la debilidad de las cifras.

Las estadísticas migratorias se producen esencialmente en los países de llegada o de instalación. La evaluación de los flujos anuales de inmigrantes se hace mediante fuentes administrativas (visados, permisos de trabajo concedidos, registros de población, etc.) o mediante los censos periódicos y encuestas sociales que clasifican la población según el país de nacimiento o la nacionalidad. Para las modernas migraciones internacionales, el sistema de observación permanente (SOPEMI) iniciado por la OCDE en 1973 contribuye progresivamente a la armonización de los datos entre los países miembros de la OCDE. Por su parte, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) está instalando observatorios similares en otras partes del mundo, como en el caso de África (Simon, 2002).

En el presente S. XXI la gerencia de las migraciones internacionales será probablemente controvertida, difícil y urgente (Martin y Widgren, 2002), ya que el concepto de extranjero se ha multiplicado al aparecer nuevas naciones después de la descolonización. En el año 2000 había alrededor de 190 naciones reconocidas en el mundo. En 1900 eran sólo 43. Cada nación tiene su propio sistema de pasaportes para distinguir nacionales de extranjeros, controles de fronteras para los que entran y políticas que facilitan o dificultan el asentamiento e integración de los no nacionales. Aunque los gobiernos realizan grandes esfuerzos para regular y controlar las migraciones, las estadísticas de migración internacional son notablemente pobres e imprecisas.

Las migraciones son, en palabras de McFalls (1998), una variable más difícil de medir que la fecundidad y la mortalidad. Los movimientos migratorios son ciertamente, muy difíciles de cuantificar, pues hay que acudir a sistemas de observación estadística diferentes y frecuentemente contradictorios. En algunos casos, al contabilizar el número de personas calificadas de inmigrantes se incluye a los que llegan a un país y a los que retornan al mismo después de haber estado fuera, lo que dificulta aún más el conocimiento real de las migraciones. Aunque hay muchos métodos para calcular el volumen de la inmigración, ninguno es satisfactorio, por lo que solo de forma aproximada puede valorarse su incidencia demográfica.

Una indicación de los efectos residuales de las corrientes migratorias es el *stock* de migrantes internacionales en un país en un tiempo dado. Si pudiera conocerse dónde residía el año anterior toda la población, tendríamos una buena aproximación a la migración internacional en un año. A veces los censos dan esa información, pero lo general es que conste solamente el lugar de nacimiento. Esa es la información que utiliza Naciones Unidas para estimar el *stock* internacional de migrantes en cada país, en el cual no pueden figurar, lógicamente, los ilegales.

En el caso de España la estadística de Variación Residencial, deducida de las altas y bajas padronales, presenta muchas inexactitudes, incluso para los nacionales, y hay que recurrir a métodos indirectos.

Otra dificultad adicional es el diferente significado dado al término extranjero. En Europa, la ciudadanía se concede por lazos de sangre, no por lugar de nacimiento como en EE.UU. o Canadá. Así por ejemplo, hasta el año 2000 un niño nacido en Alemania de padres extranjeros era un extranjero según la ley alemana: más de la quinta parte de los 7'3 millones de extranjeros que vivían en Alemania en el año 2000 eran nacidos, en Alemania, de padres extranjeros (Martín y Widgren, 2002). Por el contrario, una persona nacida en Rusia, por ejemplo, de padres alemanes, sería considerada alemana. Así, los más de tres millones de alemanes «étnicos» de Europa del este y Rusia desplazados a Alemania en los años 80 y 90 no son considerados inmigrantes. En cambio, todos los nacidos en EE.UU. y Canadá, incluso los hijos de inmigrantes ilegales, adquieren automáticamente la ciudadanía americana.

La valoración de los efectos de la migración en el sistema demográfico es siempre aproximada debido a las dificultades conceptuales y estadísticas y a la desigual eficacia de los procedimientos de análisis. Sin embargo, la observación de las principales migraciones ocurridas en el pasado permite extraer algunas conclusiones.

La lógica de los modelos demográficos indica que la población evoluciona no sólo globalmente sino también estructuralmente a impulso del crecimiento natural y de los movimientos migratorios. El crecimiento natural explica en la mayor parte de los casos la evolución de los sistemas demográficos, pero en ocasiones los movimientos migratorios pueden alcanzar proporciones importantes y consiguientemente incidir positiva o negativamente en la evolución de aquellos, según se trate de sistemas demográficos «*push*», es decir que generan emigración, o sistemas demográficos «*pull*», que absorben inmigración. Hasta la segunda guerra mundial, Europa fue un continente «*push*». En cambio, desde los años sesenta del S. XX se ha convertido en un continente «*pull*». Aun con las dificultades señaladas anteriormente, podemos evaluar la importancia de los movimientos migratorios por el saldo migratorio neto; es decir, por la diferencia entre el número de inmigrantes y el número de emigrantes en un territorio determinado (Smn = Imn – Emn).

La simplicidad de la ecuación demográfica básica: el número de nacimientos menos el número de defunciones ± la migración neta, resulta frecuentemente difícil de evaluar (Ogden, 1984), por lo que a veces hay que recurrir a observaciones indirectas para analizar el desarrollo demográfico. Solamente podríamos valorar adecuadamente los efectos de las migraciones en la estructura de la población y fuerza de trabajo de

los países emisores (países de emigración) y receptores (países de inmigración), si las estadísticas diferenciasen entre migrantes permanentes y temporales, visitantes y residentes, y si se clasificasen de acuerdo a su edad, sexo y estado civil, separando a los nacionales de extranjeros. La amplia diversidad de tabulaciones que existen en los diferentes países hace difícil las comparaciones.

Aunque las cifras estadísticas suelen ser poco fiables, la incidencia del comportamiento demográfico de la inmigración se conoce bastante bien. A través de los recuentos conocemos el número de los nacidos fuera del país y los que adquieren la nacionalidad, pero carecemos de una medida directa de los nacimientos entre los migrantes ilegales. Hay que obtener estos datos por estimación sobre la base de las estadísticas de nacimientos y defunciones del registro civil y la adquisición de nacionalidad que, como se ha dicho, no sigue las mismas pautas en todos los países. Por otra parte, no es lo mismo el comportamiento demográfico de la inmigración procedente de la misma área cultural que el país de acogida, que la inmigración procedente de países donde la dinámica demográfica es diferente.

En definitiva, la multiplicidad de aspectos que hay que tomar en consideración en el estudio de las migraciones —origen y destino de los flujos migratorios, distancia que recorren, tiempo de permanencia en el lugar de inmigración, causas que la motivan, volumen, características y comportamiento demográfico de la población afectada, etc.— complica enormemente dicho estudio. Sin embargo, conviene decir que las migraciones, aunque son objeto de análisis desde disciplinas diversas —economía, sociología, historia, etc.— son en esencia un fenómeno geográfico (Ogden, 1984) que se deja sentir en mayor o menor grado en el espacio (territorio) y en la población.

3. La inmigración un fenómeno generalizado

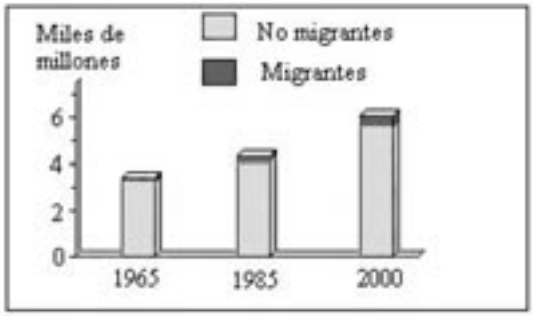
Aunque las migraciones son tan antiguas como la humanidad, la migración internacional no ha revestido nunca la importancia y alcance espacial que hoy tiene. Por eso suele destacarse el carácter reciente del fenómeno sin olvidar que ha jugado un papel esencial en la configuración de algunas sociedades como en el caso de Estados Unidos, Canadá o Australia y, en menor grado, en otros muchos países especialmente de América Latina y África (Ogden, 1984).

Con las reservas anteriormente expuestas, las estadísticas oficiales indican que, a principios del S. XXI, unos 150 millones de personas viven fuera de su país de nacimiento o ciudadanía, es decir, son inmigrantes internacionales desde la perspectiva de los países de destino. Martín y Widgren (2002) aumentan la cifra a 160 millones, y contando los inmigrantes ilegales y los refugiados es probable que sean más de 200 millones; esto es, el 3'25% de la humanidad, aunque en algunos países suponen el 10% de la población autóctona. Al menos una de cada trece personas del mundo occidental es migrante internacional. Esto muestra las tendencias globales de las migraciones e influye en la percepción general que los autóctonos tienen sobre la migración. La migración internacional, sobre todo la inmigración, es un desafío global para el S. XXI, pues a medida que se consolidan los procesos de globalización aumenta también

la tendencia a la migración. Aunque las migraciones han existido siempre, hasta ahora han sido la excepción y no la regla. Por otra parte las tendencias migratorias internacionales no son ni han sido siempre las mismas. En periodos de tiempo muy corto, puede cambiar el sentido y el origen y destino de los desplazamientos, aunque haya cierta inercia bajo condiciones estables. En la medida en que los procesos de globalización se generalicen, es de esperar una mayor movilidad de la población, como se acaba de decir.

Si aceptamos con Naciones Unidas que migrante es toda persona que reside en el extranjero durante un tiempo superior a un año con ánimo de permanencia, los migrantes internacionales serían en el año 2000, entre 150 y 160 millones, según se ha dicho. Pero esas estimaciones son inciertas, ya que las migraciones internacionales son difíciles de observar y de cuantificar, como se ha expuesto anteriormente.

Figura 2. *Población mundial: migrantes y no migrantes*



Fuente: Martin y Widgren (2002)

Con todas las reservas ante las cifras oficiales, puede afirmarse que el número total de migrantes se ha acrecentado desde la segunda mitad del S. XX y que en la última década el salto cuantitativo ha sido considerable (eran 120 millones en 1990) para duplicar en la actualidad las cifras de 1965.

Tabla 1. *Población mundial migrante y no migrante (millones)*

Años	No migrantes	Migrantes
1965	3.225	75
1985	4.695	105
2000	5.932	168

Fuente: Martin y Widgren (2002)

Martín y Widgren (2002) señalan que si todos los inmigrantes del mundo estuvieran en un único lugar supondrían el sexto país más poblado (después de China, India, EE.UU., Indonesia y Brasil). Sin embargo, la inmigración se deja sentir de modo desigual entre los diferentes países del mundo y, en algunos, afecta muy directamente al crecimiento de la población.

Algunos países han establecido cupos de inmigrantes y aceptan un número determinado de extranjeros: EE.UU., Canadá, Australia, Israel y Nueva Zelanda, que admiten en conjunto alrededor de 1,2 millones de inmigrantes al año. Sin embargo, la inmigración oficialmente aceptada no es más que un pequeño porcentaje de la inmigración real. Algunas fuentes señalan que la inmigración ilegal en EE.UU. supera los tres millones de personas.

Tabla 2. *Inmigración oficialmente aceptada*

País	No migrantes
EE.UU.	800.000
Canadá	200.000
Australia	75.000
Israel	65.000
Nueva Zelanda	35.000

Fuente: Martin y Widgren (2002)

4. Las áreas actuales de inmigración

Los flujos migratorios no son permanentes, ya que obedecen a múltiples causas que cambian con el tiempo. Los factores demográficos, económicos y políticos de los países receptores y emisores condicionan el volumen y dirección de las migraciones. Así, las migraciones actuales se caracterizan por lo que A. Sauvy denomina la «inversión de los flujos migratorios» entre el Norte y el Sur, lo que convierte a los países más avanzados en países de inmigración, debido al déficit demográfico que acusan los países desarrollados como consecuencia de la baja fecundidad y el consiguiente envejecimiento relativo de la población, incrementado a su vez por el alargamiento de la vida.

Tabla 3. *Migrantes en la población total de la región (%)*

	1965	1975	1985	1990
Países desarrollados	3'1	3'5	4'1	4'5
Países en desarrollo	1'9	1'6	1'6	1'6

Fuente: Zlotnik (1998)

A escala mundial y a largo plazo la fecundidad y la mortalidad son las variables que tienen mayor impacto en el crecimiento de la población. Pero a escala regional hay que recordar que las migraciones pueden ejercer también gran influencia (O'Neill y Balk, 2001). A principios de los años noventa, por ejemplo, la inmigración internacional supuso cerca de la mitad de la tasa de aumento de población para el conjunto de los países desarrollados. En regiones concretas de Europa el aumento fue aún mayor. Hay que recordar que en muchos países de Europa occidental se ha buscado conscientemente el crecimiento natural cero, por lo que si estos países crecen es por inmigración. La inmigración procedente de los países menos desarrollados da cierta

vitalidad al crecimiento de la población de países desarrollados y en cambio apenas tiene efecto negativo en el ritmo demográfico del conjunto de los países en desarrollo, por su todavía elevada natalidad.

Como se ha dicho antes, el sentido de los flujos migratorios no es permanente. En la actualidad las corrientes migratorias regionales se canalizan sobre todo hacia el continente americano, Europa occidental y algunos países del continente asiático que, en principio, pueden ser considerados como los más ricos del mundo.

EE.UU. sigue ejerciendo hoy una gran atracción a nivel mundial y es el primer polo de acogida con 28 millones de residentes de origen extranjero, según las estimaciones de la Oficina Censal de EE.UU. (*U.S. Census Bureau*, Pop. Bull., march 2002); es decir, el 10% de su población. A EE.UU. le siguen India y Pakistán, con 8´6 y 7'3 millones de inmigrantes cada uno, y Alemania con 7'3 millones (Simon, 2002). En todos los casos a las cifras oficiales hay que añadir los ilegales que en algunos países igualan a los inmigrantes legales.

El sistema migratorio norteamericano es el mayor del mundo. EE.UU. y Canadá, que incluyen apenas el 5% de la población mundial, reciben hoy más de la mitad de los inmigrantes del mundo (Martín y Widgren, 2002). El fenómeno no es nuevo, pues ya es sabido que la inmigración ha desempeñado un papel demográfico de primer orden en el poblamiento de los países de América del Norte.

EE.UU. se ha poblado como consecuencia de cuatro oleadas migratorias (Martín y Migdley, 1999). La primera anterior a 1820 y la más reciente a partir de 1965 con la eliminación de las cuotas restrictivas a la inmigración respecto de algunos países. Se ha incrementado así la proporción de población nacida en el extranjero que, en la actualidad, duplica a la de 1970. Se ha pasado de 10 millones de inmigrantes, 5% de la población en 1970, a 28 millones, 10% en el año 2000. De ese modo la inmigración supuso alrededor del 40 por ciento del crecimiento de la población entre el año 2000 y 2001 (Kent y Mather, 2002). Ha sido, sin duda, el país con saldo migratorio positivo más elevado en la última década: aproximadamente una media de 1'1 millón de inmigrantes anuales, aunque Europa, si se mantienen el ritmo actual de inmigración extracontinental, puede sobrepasar este ritmo de crecimiento en diez años.

Los inmigrantes y sus hijos contribuyen significativamente a que la estructura demográfica sea relativamente joven en los Estados Unidos, lo cual asegura en teoría su crecimiento demográfico futuro. Se asume que los inmigrantes rejuvenecen a la población porque la edad media de éstos es inferior a 30 años. La media de edad de los nuevos inmigrantes en EE.UU. es unos 6 años inferior a la de la población residente. Sin embargo el análisis cuidadoso de los datos sugiere que el impacto en la reducción del envejecimiento de la población no es tan acusado como se pensaba (Espenshade *et al*., 1996), sobre todo si se manejan grandes cifras.

A EE.UU. le siguen, por la importancia del saldo migratorio positivo en la última década, Alemania con 359.000 inmigrantes, Rusia con 320.000, Canadá con 141.400, Italia con 116.100, Singapur con 61.800 e Israel con 45.400 (Simon, 2002). Pero, como se ha dicho, es seguro que si a estas cifras se añaden las de la inmigración ilegal, en algunos países el número de inmigrantes se doblaría.

La aportación europea a la inmigración americana ha sido históricamente elevada, en particular entre 1820 y 1914 en que alrededor de 60 millones de europeos se convirtieron en inmigrantes internacionales en el continente americano. En América del Sur, sobre todo en Argentina, la inmigración europea fue muy destacable en el S. XIX. A pesar de los retornos ocurridos a raíz de giros políticos y económicos, hay en América Latina varios millones de descendientes de aquellos inmigrantes europeos, algunos de los cuales ostentan la doble nacionalidad. Los años noventa también produjeron importantes flujos migratorios en Sudamérica, pero se trataba de inmigrantes que abandonaban su país de origen en el continente para dirigirse a otros de la misma área. Este fue el caso de Argentina, que recibió contingentes de Bolivia, Perú y Paraguay. En este caso la incidencia demográfica ha sido débil por el alcance de los retornos ante el deterioro económico reciente y las elevadas tasas de desempleo.

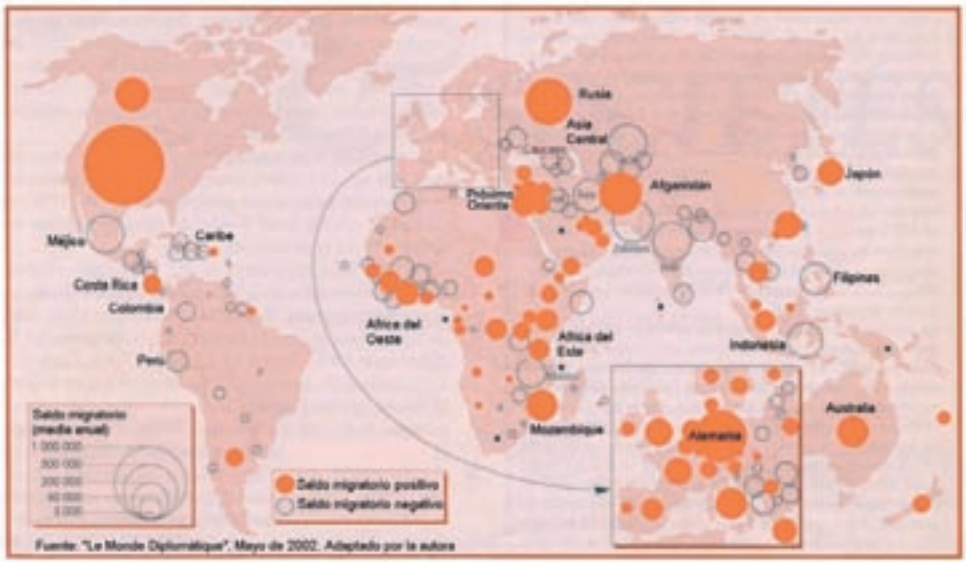
Europa que, como se ha mencionado, ha sido la fuente de importantes contingentes de inmigrantes, se convierte, a partir de la segunda mitad del S. XX, en uno de los principales destinos de la inmigración. En la primera mitad del S. XX, la inmigración provenía de las antiguas colonias —Argelia, India y Pakistán— y se establece en Francia e Inglaterra sobre todo (Martín y Widgren, 2002). En los años 60 y 70 Europa occidental conoce la inmigración de trabajadores «contratados» procedentes de los países menos desarrollados del Sur de Europa y, desde los 80, Europa es el destino de multitud de refugiados e inmigrantes extracontinentales. En la última década, la Unión Europea ha ganado 8.640.000 de migrantes, es decir una media de 864.000 por año. Pero estos inmigrantes no están uniformemente distribuidos. Alemania, con algo menos de una cuarta parte de la población de la Unión Europea, tiene el 36% de los inmigrantes. La migración se ha convertido en el principal hito social y político en muchos países europeos.

La transformación de Europa como región de emigración a región de inmigración se ha producido en varias fases: desde una primera fase con la reinstalación entre 1945 y 1960 de millones de desplazados y refugiados de Europa del Este, hasta una segunda fase, de 1961 a 1974, en que llegan inmigrantes procedentes de las antiguas colonias independizadas, mas los ya citados trabajadores «contratados» o «invitados». Francia y Alemania sobre todo contratan trabajadores en países de Europa del sur como España, Grecia e Italia. A pesar de la crisis derivada del alza de los precios del petróleo en 1973, muchos inmigrantes extracontinentales deciden permanecer en Europa y traer a sus familias. Eso significa una tercera fase inmigratoria de gran interés desde el punto de vista demográfico y de asentamiento territorial. Hasta entonces, la inmigración había sido fundamentalmente de varones, ahora son también mujeres y niños cuya presencia comporta nuevas pautas sociales y demográficas.

De acuerdo con las cifras oficiales, en la actualidad los países de la Unión Europea están recibiendo de 300.000 a 500.000 inmigrantes legales por año, a los que hay que sumar unos 500.000 irregulares. Se estima que la expansión de la Unión Europea hacia el Este generará más inmigración hacia Europa Occidental pero ésta ya no podrá ser considerada extraeuropea. La cuestión que se plantea en Europa es si la inmigración extracontinental podrá evitar el declive de población y el envejecimiento relativo de la Unión Europea. Las estimaciones realizadas hasta ahora indican que la inmigración extraeuropea puede ayudar, afirma Chesnais (1997), pero no es la única solución.

Asia, el conjunto demográfico más numeroso del mundo, con el 60% de la población mundial, es la mayor fuente de inmigrantes tanto hacia Norteamérica y Europa como hacia los propios países asiáticos en donde en algunos países los inmigrantes son mayoría. En los años noventa destacan las elevadas proporciones de inmigrantes en los Emiratos Árabes Unidos, (90%), Kuwait (72%), Qatar (64%), Arabia Saudita, Barhein, Omán y Brunei (entre 25 y 40%), seguidos de pequeños territorios y microestados, como Singapur (17%) por ejemplo.

Figura 3. *Saldos migratorios: entradas menos salidas en el período 1990-2000*



Fuente: *Le Monde Diplomatique* (mayo 2002). Adaptado por la autora

África constituye también una de las principales fuentes de inmigrantes. De un lado, los inmigrantes se dirigen hacia los países más desarrollados, sobre todo los europeos, y de otro, hacia los países africanos más ricos y con recursos petrolíferos descubiertos en las últimas décadas. Estos movimientos internos son convulsivos y a veces masivos. Así de 1994 al año 2000 al menos 3 millones de personas llegaron a Sudáfrica. El carácter de las migraciones internas del continente africano es diferente de las que se dirigen a Europa. Aparte de las hambrunas que periódicamente se ceban sobre algunas partes del continente, hay que tener también en cuenta los enfrentamientos tribales y las diferencias religiosas, por lo que muchos de estos inmigrantes son, en realidad, refugiados.

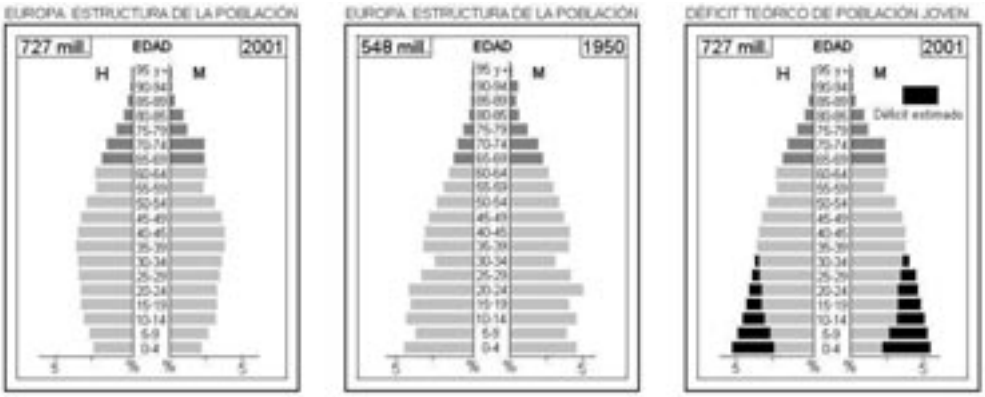
Si relacionamos el tamaño de los países, el saldo migratorio y su población, puede apreciarse que hay regiones del mundo que ostentan las mayores proporciones de inmigrantes extranjeros respecto de la población autóctona. Así destaca la elevada proporción de inmigrantes en países industriales como Suiza (19%), EE.UU. (10%), Austria (9'3%) y Alemania (8'9%) frente a la más moderadas de Italia (2'2%) y España (2'1%).

Desconocemos en profundidad el papel demográfico que los flujos inmigratorios actuales desempeñarán en un futuro próximo, no solo por los problemas de cuantificación anteriormente apuntados, sino porque con frecuencia carecemos de la perspectiva temporal necesaria para la observación de los resultados de este proceso. Existe el convencimiento de que la inmigración, al menos en Europa, aumentará en décadas venideras, pero no sabemos en qué medida los inmigrantes se integrarán como ciudadanos en los países de destino y en qué medida transformarán el sistema demográfico y territorial de estos países. En cualquier caso, la sociedad europea de finales del S. XX no se parecerá casi en nada a la sociedad que ya se adivina de finales del S. XXI, y todo como consecuencia de la inmigración.

5. El papel demográfico de la inmigración en Europa

Europa es un buen observatorio de las modernas tendencias demográficas y del impacto socioterritorial de las migraciones. La población europea ha sido siempre pionera de los grandes cambios demográficos. En Europa se inició la fuerte expansión demográfica que dio lugar a lo que se conoce como transición demográfica, y en Europa se ha producido también, más recientemente, el retorno a tasas de crecimiento vegetativo muy moderadas que están llevando a una situación de crecimiento natural cero, al estancamiento de la población global y al envejecimiento absoluto y relativo de la misma. La clave de esta situación estriba en la tendencia decreciente de la fecundidad que se aprecia en Europa con efectos previsibles en la estructura demográfica. Si la tendencia se mantiene, la estructura piramidal desaparecerá para dar lugar a una estructura prismática o en bloque (Faus, 1995). El déficit es evidente. Higueras calcula que, a finales de los años noventa, el déficit en Europa occidental, tomando como base la estructura demográfica de la Comunidad Europea en 1975, era de unos 100 millones de personas (Higueras, 1993). El mismo autor estima que el déficit demográfico actual en la Europa de los 25 es de casi 125 millones de personas.

Figura 4. *Evolución de la población europea*



Fuente: Eurostat. Elaboración propia

El cambio de estructura por edad de la población y la llegada de inmigrantes traerá profundos cambios de orden demográfico, económico y social, pero no puede predecirse con certeza las consecuencias de esos cambios. En todo caso hay que tener en cuenta que la afluencia imparable de población extraeuropea está invirtiendo el sentido tradicional de las migraciones intercontinentales de Europa. Alemania, por ejemplo, uno de los países de mayor tasa de inmigración reciente, contaba a principios del 2000 con 82 millones de habitantes, más de 8 millones de ellos inmigrantes, de los que 2'2 millones eran turcos. Ello supone que el 10% de su población es inmigrada, aunque puede haber casi otros tantos ilegales.

El balance demográfico de Europa en la segunda mitad del S. XX, 1950-2000, se caracteriza por un aumento total de 182 millones de los que 9 millones corresponden al saldo migratorio positivo (Monnier, 2000). Hasta fines de los 70 el crecimiento demográfico de Europa reposaba en el crecimiento natural, el saldo migratorio era un aporte secundario. Los inmigrantes, sobre todo procedentes de la Europa del Sur, los denominados trabajadores «invitados», no tenían voluntad de permanencia, por lo que no pueden ser considerados como inmigrantes estrictos. Desde 1989, sin embargo, el saldo migratorio es el factor principal del crecimiento si bien hay situaciones diferenciadas. Las migraciones son el factor predominante del crecimiento demográfico en Alemania, Dinamarca, España, Grecia, Italia, Luxemburgo, Portugal y Suecia. Tienen aproximadamente el mismo peso que el crecimiento natural en Austria, Bélgica y Reino Unido, mientras en Finlandia, Irlanda y Holanda prima el aumento natural (Monnier, 1997).

Figura 5. *Unión Europea: crecimiento natural y saldo migratorio*

Fuente: Monnier (1997)

Dado que los inmigrantes mantienen durante algún tiempo las actitudes y comportamientos demográficos de sus lugares de origen, especialmente respecto de la natalidad, a escala regional y nacional la inmigración será sin duda un factor clave en el

crecimiento demográfico europeo. A finales de los 80 y principios de los 90 la aceleración de movimientos migratorios ha reforzado en algunos países europeos, como España, la participación del saldo migratorio en el aumento total de la población. Muchos países aumentan la población gracias al saldo migratorio positivo y la mayor fecundidad de los extranjeros como sucede en Inglaterra, Francia, Alemania y comienza a percibirse en España. La inmigración es fundamental para muchos países con déficit de nacimientos e incapaces de generar el recambio generacional. En algunos países como Francia y en menor medida España, la inmigración ha contribuido considerablemente al crecimiento de la población. Francia ha recibido importantes flujos de inmigración procedente de otros países europeos y de antiguos territorios coloniales, especialmente Argelia, Marruecos y Túnez (Clarke, 1964), que han contribuido a situar el índice de fecundidad en 1'9, el más alto de Europa occidental (España, 1'2).

No obstante lo anterior, los países con aumento natural de la población más importante que el saldo migratorio son la excepción en Europa. Incluso hay países, como Alemania e Italia, con aumento natural negativo, cuyo crecimiento resulta sólo del saldo migratorio positivo. Desde el punto de vista demográfico, de momento, la inmigración debe ser vista en Europa como un fenómeno positivo, pues aumenta la población total del país de acogida tanto más cuanto la fecundidad de los extranjeros es mayor que la de los nacionales. Además su estructura demográfica rejuvenece relativamente la de la población receptora.

Salvo en el caso de la inmigración por jubilación, como sucede en muchas regiones de clima suave del Sur de Europa, la inmigración constituye un factor de rejuvenecimiento por el aporte de población joven, ya que, como se ha dicho antes, la pirámide de edades de extranjeros suele ser más joven que la de la población del lugar de llegada. Aunque es difícil obtener datos comparables de nacimientos en familias de inmigrantes, ya que todo depende de que los hijos tengan o no la nacionalidad de los padres, parece que el incremento de la natalidad en algunos países se debe a la inmigración. Es lo que sucede en Luxemburgo (38%), Suiza (24%), Alemania, Francia e Inglaterra (10%). En España no se ha llegado a cifras tan altas, pero desde 1998 el porcentaje de nacimientos de padres inmigrantes crece sin cesar, y en algunas comarcas son claramente mayoría.

En términos relativos destaca la presencia de extranjeros en Suiza (18%) y sobre todo en Luxemburgo, aproximadamente un tercio de su población (30%), en donde el aporte migratorio es un elemento importante del crecimiento demográfico del país y no ha cesado de aumentar desde la posguerra. Son más moderados los porcentajes en tradicionales países de inmigración: Reino Unido, 3'5%, y Bélgica, 9%. La proporción es débil en los nuevos países de inmigración, entre los que se cuenta España con Italia y Finlandia, 2%, y crece en Suecia, Austria y sobre todo en Alemania. Sin embargo, la condición sociocultural de los inmigrantes varía mucho de unos países a otros. Mientras que en unos países, como Luxemburgo, la mayoría son titulados, en otros, como España, su nivel cultural es bajo.

La inmigración tiene, pues, un papel indudable en el crecimiento demográfico de algunos países de Europa occidental, ya que incrementan la población y frenan el envejecimiento. Sin embargo, no es seguro que este fenómeno revista carácter

definitivo y depende esencialmente de la sucesión de olas migratorias y del contexto sociocultural de los inmigrantes. Una interrupción prolongada de la inmigración reduciría sensiblemente estos efectos, en principio, benéficos.

Los efectos de la inmigración en España

Aunque la teoría y la experiencia de siglos anteriores dicen que la inmigración enriquece la población a través de los nacimientos, este hecho por si solo no basta para dar la vuelta a sistemas demográficos, como el europeo, en proceso de envejecimiento creciente de la población. Todo depende de la cuantía de la inmigración de género. Las mujeres inmigrantes suelen tener mayor formación cultural que los varones y su comportamiento respecto de la fecundidad se adapta muy pronto al de los lugares de llegada. Una encuesta del CIS, realizada en el año 2000, indicaba que en España el 17% de mujeres inmigrantes tenía estudios universitarios y el 40% secundarios (*El País*, enero 2000). Aunque estas cifras no son generalizables a todas las mujeres inmigrantes, ya que las mujeres de que habla la encuesta son europeas procedentes de países del Este.

De momento, la manifestación más inmediata de la inmigración en la evolución demográfica es la proporción creciente de esa población en el total. En España esa parte es aún moderada, la tasa española de inmigración se aleja considerablemente de la de Alemania por ejemplo (el 2% de la población en España frente al 10% en Alemania), pero dentro de España hay diferencias regionales que ponen de manifiesto la importancia de la escala en la consideración de las migraciones. Madrid y Cataluña polarizan el grueso de la inmigración española, mientras que en Aragón apenas alcanza el 2% de la población.

El carácter reciente de la inmigración extranjera a España no permite evaluar adecuadamente su incidencia en el sistema demográfico español. Tampoco hay acuerdo en la proporción de extranjeros en la población española pero todo parece indicar que su volumen crece. Según datos de la *Fundació la Caixa* (Anuario Social de España), en el año 2001 la proporción de extranjeros en la población española era del 1'8% y, si descontamos los ciudadanos europeos, apenas el 1%. En mayo de 2002, Puyol estimaba en un millón doscientos mil la cifra de inmigrantes, es decir, casi el 3% de la población. Datos más recientes elevan el porcentaje al 3'5% como consecuencia de la legalización de muchos inmigrantes irregulares. En Europa esa proporción es superior (4'9%). Sólo Finlandia tiene menos inmigración relativa que España.

Según estas cifras, a escala nacional la proporción de inmigrantes en la población es débil, pero no sucede lo mismo a otras escalas territoriales. En Cataluña por ejemplo, viven el 24% de los extranjeros que hay en España y en tan solo cinco provincias —Madrid, Barcelona, Málaga, Alicante y Las Palmas— se concentra el 55% de la inmigración extranjera.

A escala regional, Cataluña constituye un buen observatorio del papel demográfico de la inmigración cuando ésta alcanza cifras considerables. En una intervención reciente, el presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, aludía a la incidencia de la inmigración en Cataluña. Según sus datos, la población catalana creció entre 1996 y el

año 2001 en 405.000 personas. De ellas, 382.000 (94'3%) eran inmigrantes (*La Vanguardia*, marzo 2003).

Se ha constatado también que en los últimos 5 años ha aumentado la proporción de hijos de padres extranjeros en todas las comarcas catalanas: en 1999, un 16% de los nacidos en Cataluña tenía al menos un progenitor extranjero (*La Vanguardia*, julio 2001). En cierta medida, la inmigración actúa positivamente frente a la despoblación. Un informe del *Centre de Promoció i Estudis Econòmics* de la Diputación de Tarragona muestra que en los últimos 10 años la inmigración ha servido para compensar la despoblación natural de comarcas como las de El Alt Camp, Montsiá y Conca de Barberá, que han ganado un 3% de población gracias a la inmigración. Algo semejante sucede en las comarcas aragonesas de La Litera y el Cinca Medio y Bajo.

Aunque la inmigración actual hacia algunas regiones despobladas no es comparable con la de los ejemplos anteriormente citados, no es extraño que a la luz de lo sucedido en las principales áreas inmigratorias, las regiones despobladas pongan su esperanza en la inmigración. Como se dicho en un principio, Aragón es un ejemplo paradigmático de territorio despoblado, envejecido, con déficit demográfico y favorable a la inmigración. Ésta, sin alcanzar los niveles observados en otros territorios de España pues no llega al 2% de la inmigración española, aumenta recientemente a ritmos hasta hace poco insospechados. Según datos del Ministerio del Interior, publicados por el Instituto Aragonés de Estadística (2002), crece rápidamente el número de extranjeros con permiso o tarjeta de residencia en vigor. Así, en 1998, se registraron en Aragón 11.877 extranjeros residentes; al año siguiente 15.449 y en el año 2000 17.590; es decir, en tan sólo tres años aumenta el 30% la proporción de extranjeros «regularizados» en el total de población. De ese modo, la tasa de migración neta que tradicionalmente era negativa, invierte la tendencia. A lo largo de la última década, aunque con valores muy modestos, pasa a ser positiva: en torno al 0'20% de la población en la actualidad. Este hecho es de particular importancia para la población aragonesa ya que su crecimiento vegetativo —nacimientos menos defunciones— es, en estos mismos años, negativo y sigue siéndolo en la actualidad: –1.715 en el año 2002. Sin embargo, gracias a la inmigración, varía positivamente la población aragonesa: 1'30% entre los dos últimos censos (1991 y 2001).

La estructura demográfica de la población inmigrada tiende a rellenar los huecos que previamente ha dejado la emigración y sus secuelas revitalizando el sistema demográfico de Aragón. Entre 1996 y 2001 se multiplica por cinco el número de nacidos de inmigrantes extranjeros, éstos son alrededor del 8% de los nacimientos en Aragón.

7. En conclusión

Toda migración redistribuye la población e incide de forma directa en el volumen y estructura de la población, e indirectamente en el crecimiento natural tanto de los lugares de origen, es decir, de emigración, como de los de destino o inmigración. Como consecuencia de ello se modifica, en ambos casos, el sistema demográfico territorial.

El análisis de lo sucedido en los principales territorios de inmigración permite apuntar algunos de los rasgos más significativos del sistema demográfico en esas áreas. Se trata de sistemas demográficos dinámicos que propician el crecimiento natural con un aumento de la natalidad y cierto rejuvenecimiento de la estructura demográfica, todo ello constituye condiciones favorables para combatir el déficit demográfico al que se ven avocadas las áreas vaciadas o despobladas por emigración.

Bibliografía

CLARKE, Jh.I. (1965): *Population Geography*. Pergamon Press, Oxford: 176 pp.

CHESNAIS, J.Cl. (1997): The demographic sunset of the West. *Population Today*, 25 (1): 4-5.

ESPENSHADE, J.; GURCAR, J.C. (1996): Are more immigrants the answer to U.S. population aging?. *Population Today*, 24 (12): 4-5.

EUROSTAT (2002): *The social situation in the European Union 2002*. European Comisión: 32 pp.

FAUS PUJOL, MªC. (1995): Changes in the fertility rate and age structure of the population of Europe. En R. Hall y P. White (Eds.), *Europe's population towards the next century*. UCL Press, London: 17-33.

HIGUERAS ARNAL, A. (1967): *La emigración interior en España*. Ed. Mundo del Trabajo, Madrid: 129 pp.

HIGUERAS ARNAL, A. (1993): La demografía en las migraciones. Migraciones. *Política científica* 35: 27-29.

INSTITUTO ARAGONÉS DE ESTADÍSTICA —IAEST— (2000): *Residentes en Aragón nacidos fuera de la Comunidad Autónoma. 1 de enero de 2000*. Gobierno de Aragón, Zaragoza: 47 pp.

INSTITUTO ARAGONÉS DE ESTADÍSTICA —IAEST— (2002): *Datos básicos de Aragón 2002*. Gobierno de Aragón, Zaragoza: 111 pp.

KENT, M.; MATHER, M. (2002): What drives U.S. population growth?. *Population Bulletin*, 57 (4): 40 pp.

MARTIN, Ph.; MIGDLEY, E (1999): Immigration to the United States. *Population Bulletin*, 54 (2): 44 pp.

MARTIN, Ph.; WIDGREN, J. (2002): International migration: facing the challenge. *Population Bulletin*, 57 (1): 40 pp.

MCFALLS, A.J.Jr (1998): Population: a lively introduction. *Population Bulletin*, 53 (3): 48 pp.

MONNIER, A.(1997): La construction démographique de l'Union européenne. *Population et Sociétés*, 330: 7 pp.

MONNIER, A. (2000): La population de l'Europe: 1950-2050. *Population et Sociétés*, 353: 4 pp.

NOIN, D.; THUMERELLE, P.J. (1993): *L'étude géographique des populations*. Masson Géographie, Paris: 124 pp.

OGDEN, Ph. (1984): *Migration and geographical change*. Cambridge Univerity Press., Cambridge: 108 pp.

O'NEIL, B.; BALK, D (2001): World population futures. *Population Bulletin*, 56 (3): 40 pp.

POULALION, G. (1984): *La science de la population*. Litec, Paris: 333 pp.

SIMON, G. (2002): Les migrations internationales. *Population et Sociétés*, 382: 4 pp.

SOPEMI (1996): *Trends in international migration. Annual Report*. OECD: 272 pp.

THUMERELLE, P.J. (1986): *Peuples en mouvement. La mobilité spatiale des populations. Dossier des Images Économiques du Monde*. SEDES, Paris: 319 pp.

THUMERELLE, P.J. (1996): *Les populations du monde*. Nathan Université, Paris: 384 pp.

ZLOTNIK, H. (1998): International migration 1965-96: An overview. *Population and Development Review*, 24 (3): 429-468.